MAGO

Fabián Sevilla

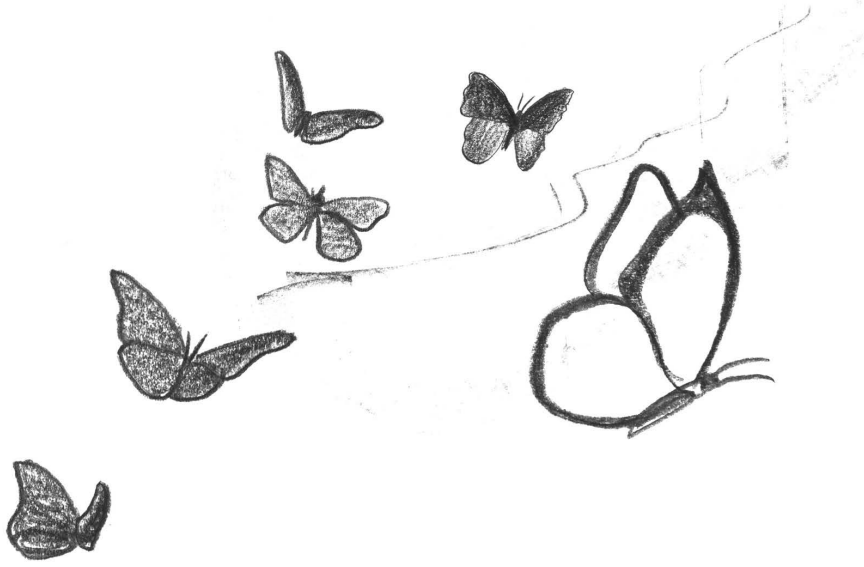
ILUSTRACIONES DE **Marie Biskai**



Planetalector

MAGO

Fabián Sevilla
Ilustraciones de **Marie Biskai**



Planetalector

TRÉBOLES

Redoblantes redoblantes redoblantes.
Y como remate, un explosivo…
¡Platillazo!

El presentador no alcanza a pronunciar la última letra de su nombre, cuando por todo el escenario del teatro parpadean estrellas; al instante, se eleva una humareda boscosa y, atravesándola como si fuera una cortina, él hace una rimbombante aparición.

—¡Tatáááááánnn! —canturrea levantando los brazos.

La platea se saca chispa aplaudiéndolo.

Él extiende los dedos de sus manos enguantadas de blanco: con ese ademán hace callar a su desaforado público. Ahora, en un silencio absolutísimo, doscientos diecisiete pares de ojos lo contemplan ilusionados y ansiosos y expectantes.

Eso, a él le encanta (aunque se guarda en secreto la vanidad).

Es un deleite verlo en escena. El frac negro le queda pintado al cuerpo espigado. Con la capa larga hasta el piso e igual de negra, dibuja una ampulosa onda en el aire. La galera aterciopelada es alta y prolija.

También causa simpatía. Tiene el rostro escondido tras una máscara con bigotazos como brocha de pintor de paredes, nariz de cucurucho y rechonchos mofletes apenas sonrojados.

Derrocha elegancia y estilo en sus movimientos cuando, sobre una mesita, apoya la galera boca arriba.

—¿Tréboles o corazones? —pregunta al público, que desde el escenario se ve como un gigante hecho de sombras—. ¿Corazones o tréboles?

Un rumrum va y viene, viene y va por los cuatro puntos cardinales de la platea. De a poco, se impone la mayoría:

—¡TRÉBOLEEEES! ¡TRÉBOLEEEES! ¡TRÉBOLEEEES! —le piden a grito pelado.

—Que sean tréboles, entonces —ordena.

Con una mano forma un puño inquieto: parece estar desmigajando un bizcocho seco.

Deja el puño pendiendo sobre la boca de la galera, a la vez que recita:

—Míster… Mistófeles… quecrezcan… trebófeles.

En un mismo movimiento, abre la mano y eleva un brazo indicando una dirección a seguir.

Sorpresivamente, una catarata de naipes escapa desde el interior de la galera. Las cartas forman un arco perfecto en el aire y caen en lluvia sobre los espectadores.

Hay naipes para cada uno de ellos y tienen…

—¡Tréboles para todos! —anuncia con grandilocuencia.

Él recibe los aplausos.

Aplausos.

Aplausos.

Aplausos que acepta con su acostumbrado "Gracias público, estimadísimo público".

De repente, queda hecho una estatua.

Detrás de la máscara, sus profundos ojos azules se fijan en un muchachito. Está sentado en la tercera fila de butacas y, como nota el modo en que él lo mira, el chico se ha puesto nervioso.

—Usted es especial —asegura desde el escenario.

El muchachito sabe que se lo ha dicho a él y eso lo anima:

—¿Por qué?

—Fíjese…

—¡Un trébol de cuatro hojas! —celebra el chico al ver el naipe que llovió a sus manos.

El resto de los espectadores, con algo de envidia, confirma que en sus cartas hay tréboles de esos que abundan en los jardines: solo con tres hojas.

—Usted es alguien con muchísima suerte —le recalca y el muchachito agradece con una sonrisa—. ¿Y cómo se llama, el señor suertudo?

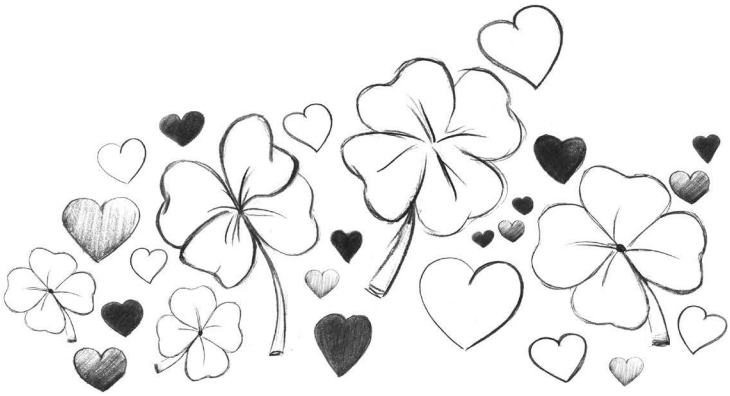
El chico va a responderle. Pero de pronto, se escucha un agudo chirrido, todo se zarandea se zarandea se zarandea con violencia hasta que, al fin, la escena se aquieta por completo.

El suertudo, le grita:

—SEÑORES PASAJEROS, NO PODEMOS SEGUIR VIAJE…

El teatro, con el escenario y la platea y el público y los naipes con tréboles para todos se desvanecen.

Para su desgracia, estaba despertando…



SALAME

Tan lindo que estaba mi sueño..., pensó Míster Mistófeles mientras se desovillaba dentro del pesado sacón que llevaba como abrigo: se quedó dormido en el asiento apenas el tren había partido de la Capital (de eso, hacía unas seis horas, pero el sueño había durado hasta ese momento).

—Las vías están obstruidas —explicó a todos el ayudante del maquinista, parado en el pasillo del vagón que iba semivacío de pasajeros.

—¿Y cuándo podremos seguir? Tengo que llegar sí o sí a tiempo. Voy al velorio de mi tía Froilana Emeditación —ladró la señorona que venía sentada junto a Míster Mistófeles.

—Cuando se salga lo que hay atravesado en las vías —le respondió el ferroviario, para nada amable, y se fue a repetir su anuncio en los otros vagones.

Algunos de los demás pasajeros resoplaron quisquillosamente; otros, empezaron a quejarse entre sí o a llamar para avisarle a alguien sobre el contratiempo aunque, para colmo, en donde habían quedado varados las pantallas de sus celulares no mostraban ni una barrita de señal. En cambio, Míster Mistófeles prefirió mirar por la ventana: había pura noche allá afuera; sin el resplandor de las luces de algún pueblo cercano, el cielo se le mostraba como un telón azul límpido y oscuro y profundo, con millones de agujeritos por donde se colaban brillos titilantes.

—Qué cosas, ¿no? —se quejó la señorona buscando entablar conversación con Míster Mistófeles.

—Ajá —fue lo único que respondió el anciano.

Toda la vida había sido simpático y amable y de charla fácil, pero cada vez le resultaba más sencillo irritarse con las personas. Cerró los ojos para volver a dormirse (o simular que dormía): si deberían esperar a reiniciar la marcha, no quería hacerlo escuchando a aquella mujer hablándole sobre bueyes perdidos para terminar mostrándole las fotos de sus hijos y nietos y hasta de su finada tía Froilana Emeditación.

—¿Y a dónde viaja el caballero?

Como si hablara dormido, con mucho esfuerzo, se permitió la cortesía de contestarle:

—Voy a… —suspiró muy profundo—. Estoy yendo a… —abrió los ojos como si hubiera escuchado una explosión—. El pasaje era a…

No podía recordarlo.

Se reacomodó en el asiento y se fijó en la medallita que llevaba colgada con una cadena al cuello: desde hacía un tiempo funcionaba como su machete.

—Me bajo en Cochicó —por fin respondió, luego de leer lo que tenía inscripto la medallita.

—Chiquito pero pintoresco, Cochicó —opinó la señorona sin que se lo pidieran—. ¿Va de vacaciones? ¿Quizás a visitar a la familia? ¿Tal vez, como yo, al velorio de un pariente…?

—Nací ahí, aunque ya no tengo a nadie —sonó terminante Míster Mistófeles.

—¿A qué va, entonces? —era notablemente metiche la mujer.

—A trabajar…

—Déjeme adivinar: si no es vendedor de libros, apuesto mis pestañas a que se dedica a... entregar cosas que la gente compra por internet. Lo supongo por esos dos baúles que lleva en el portaequipaje.

—Soy mago. ¡Míster Mistófeles el Magnífico! —se presentó pomposamente.

—Usted es un vendedor… de humo —ella se rio de su propio chiste—. Mire si le voy a creer que es…

—¡Mago! —remarcó entre ofendido y orgulloso, estirando un dedo como si las dos sílabas de la palabra necesitaran tildes—. Llevo más de cincuenta años en el espectáculo del ilusionismo y la

prestidigitación, la hipnosis y el mentalismo de escenario...

—No le creo. Quizá si me muestra un truco le voy a creer —lo desafió la, molestísima, compañera de asiento.

—No creo que…

—¡Un-tru-co! ¡Un-tru-co! ¡Un-tru-co! —la mujer aplaudía rítmicamente su exigencia.

Así logró que los pocos pasajeros del vagón se le sumaran:

—¡UN-TRU-CO! ¡UN-TRU-CO! ¡UN-TRU-CO!

Míster Mistófeles jamás se había negado al pedido de la platea. Desplegaría uno de sus más famosos trucos. Pero no para convencer a esa cargosa de que en realidad era lo que decía ser, sino porque le encantaba fascinar a los demás. Eso (él creía), había venido a hacer a este mundo.

Se paró en el estrechísimo escenario que formaba el pasillo que separaba los asientos. Motivado por la atención que había logrado captar entre los escasos ocupantes del vagón, pidió:

—Necesito una hoja de papel en blanco.

Los pasajeros buscaron en sus bolsos y bolsillos. Lo único que consiguió fue una tira de papel higiénico que le entregó una viejita menuda y arrugada que iba sola.

—Siempre llevo un rollo cuando hago viajes largos —aclaró la viejita.

—Hace bien, estimadísima señora, y me viene

como anillo al dedo para mi truco —le aclaró Míster Mistófeles; y de nuevo pidió—: Ahora, un sobre y un lápiz o una lapicera, es lo mismo.

Un muchacho le pasó un sobre del cual antes había sacado unos billetes. Un hombre le entregó una birome color rojo.

El anciano carraspeó y, muy relajado, comenzó:

—Cuando era joven, quería escribirle una carta a una vecina…

—¡UN TRUCO! —demandó la señorona—. No queremos oír su biografía…

—Estimada —la frenó esforzándose por no estallar—, un buen mago siempre inicia cada truco con un relato. Si no, el acto se convierte en algo soso, incompleto, que no satisface… Un truco sin un prólogo es como una casa sin entrada, una escalera a la que le faltan los primeros peldaños… —Pensó mejor y dio con la metáfora que lo conformó—: Como un sándwich de salame sin salame.

Así la dejó muda; los demás, agradecidos.

—Retomo el salame, digo, mi relato. Decía que quería escribirle a una chica para confesarle que la amaba con locura. Papel y lápiz, tenía… —Con elegante teatralidad, les mostró el trozo de papel higiénico y la birome roja—. No me servían para nada porque no me salía una sola frase. Por eso, llené la hoja con lo primero que se me ocurrió… —Se tomó un tiempo (el mismo que ocupaba cuando realizaba ese truco en escena) para

garabatear en el papel higiénico—. Y al final me quedó una carta románticamente boba, empalagosa, ¡terrible!

Hubo sonrisas y, luego, en el vagón se desenrolló una expectativa que calcaba a la del público del sueño interrumpido. Mientras introducía su "cartita" de papel higiénico dentro del sobre, el anciano era consciente de que los estaba conquistando; lo que seguía, sería sencillo.

—Ella y yo nos juntamos una tardecita en la plaza de mi Cochicó natal. Sentados en un banco, mirábamos callados al monumento del fundador del pueblo. Entonces, lleno de vergüenza, le entregué el sobre con la cartita de morondanga... —Los matices de su voz más la triquiñuela de sus ademanes hacían que todos "vieran" su relato como si fuera una película—. Ella iba a sacar el papel para leer las sonseras que yo había escrito, cuando… —Ninguno dejó de sobresaltarse porque, de pronto, completó la frase gritando—: ¡ME LLEGÓ LA INSPIRACIÓN! —Recuperó el tono tranquilo de su relato y agregó—: Le arranqué la cartita de las manos… —Hizo un bollo con el sobre y lo ocultó dentro de una mano hecha puño— … y con lo que hice, no solo entendió cuánto la quería. También esa vez decidí que…

Deshizo el puño.

El papel higiénico garabateado con birome se había transformado en… ¡un clavel rojo!

—También, aquella vez decidí que sería ¡mago! —clamó y le entregó el clavel a una jovencita que había contemplado todo sin soltar la mano de quien, sin dudas, era su novio.

Si alguien hubiera grabado con su celular un video de lo que acababa de suceder y lo hubiese compartido en alguna red social, seguro el truquito del clavel realizado por un anciano en un vagón de un tren se hubiera viralizado; tan atentos habían estado que a ninguno se le ocurrió.

En cuanto a Míster Mistófeles, el alma le bailaba una tarantela por la tremenda alegría que le causó escuchar los "¡Ohhhhhhh!" y los aplausos que recibió por parte de los inesperados espectadores, con excepción de uno de ellos.

—¿Y la chica? ¿Qué pasó con su vecina? —quiso saber con desesperación la compañera de asiento, que ahora parecía estar más interesada en escuchar la biografía del anciano que en confirmar si realmente era mago (de existir el título, debía de tener una Licenciatura en Entrometimiento en Vidas Ajenas).

Él iba a decir su clásico "Gracias público, estimadísimo público", pero aquellas preguntas le aguaron la felicidad del momento.

Sin temor a que lo tomaran por guarango, harto, se propuso gritarle: *¿Por qué no se mete en sus asuntos, bruja indiscreta?*

El asistente del maquinista reapareció justo a tiempo…

HIPNOSIS

—No hay manera de mover lo que obstaculiza al tren —admitió el ferroviario—. El vagón comedor está abierto por si alguien quiere tomarse un cafecito o picar algo, porque la cosa va para largo…

—¿Cuál es el problema? —se impacientó Míster Mistófeles y, luego de que el hombre se lo contara al oído, le propuso—: Déjeme intentarlo.

—Mire que…

—Permítame hacer la prueba, estimadísimo…

—Yo confiaría en él —sugirió la viejita que había prestado el papel higiénico que terminó transformado en un clavel rojo—. ¡Es mago!

El ayudante del maquinista aceptó.

Míster Mistófeles pidió un segundo. Abrió apenas uno de sus baúles. Sin dejar que los demás vieran qué, sacó algo y lo escondió con suma rapidez en un bolsillo del sacón.

—Vamos —dijo y bajó siguiendo al ferroviario; detrás, iba el resto de los pasajeros del vagón, incluida la inaguantable señorona.

Afuera, en medio de la vastedad pampeana, el frío de la madrugada atenazaba las manos, las orejas y narices, hasta los pies de quienes calzaban botas; ensordecía el ruiderío de los bichos campestres; con el cielo sin luna, la única iluminación era la que proveía la linterna que llevaba el ayudante del maquinista.

En fila india, caminaron hasta unos pocos metros más allá de la locomotora; entonces, llegaron adonde se hallaba lo que impedía continuar el viaje. Ahora el potente faro de la máquina les permitió ver qué era aquello que les prohibía seguir: el maquinista fracasaba en su intento por sacar de las vías…

—¡UNA VACAAAAA! —chilló la señorona—. Por culpa de un vacuno llegaré cuando a mi tía Froilana Emeditación ya la hayan enterrado.

—Menos mal que alcanzamos a verla a tiempo pastando en entre los rieles. —El maquinista quiso hacerse el simpático—: Si no, ahora tendríamos carne molida como para hacer empanadas todo un año —era bastante negro el humor del tipo.

El mago pidió a todos alejarse un poco.

Nadie preguntó los motivos y obedecieron.

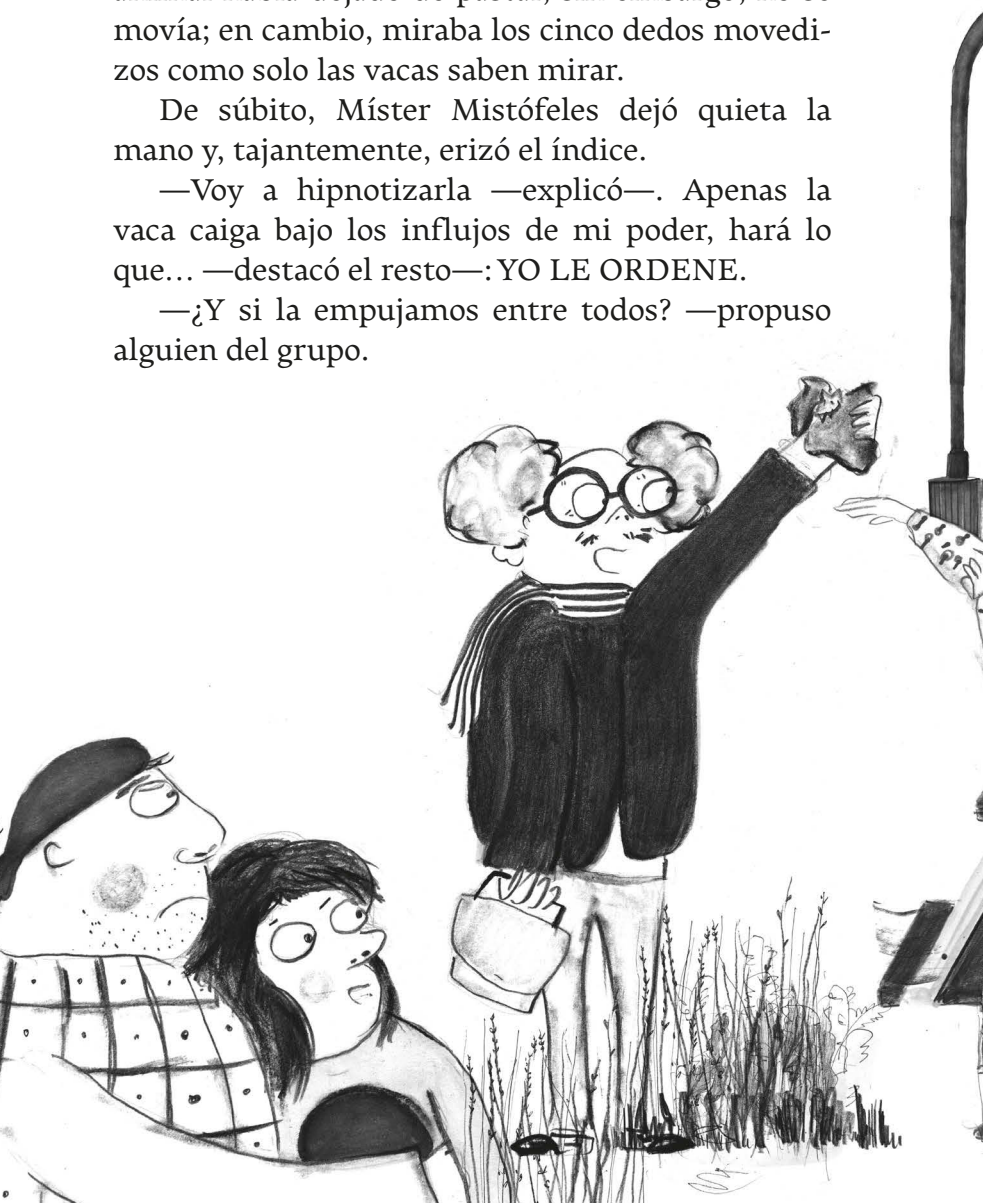
De nuevo hubo teatralidad cuando el anciano se arremangó el sacón y estiró los dedos de una mano.

Una mano con la cual parecía acariciar la atmósfera, muy cerca de los ojos del obstáculo bovino. El animal había dejado de pastar, sin embargo, no se movía; en cambio, miraba los cinco dedos movedizos como solo las vacas saben mirar.

De súbito, Míster Mistófeles dejó quieta la mano y, tajantemente, erizó el índice.

—Voy a hipnotizarla —explicó—. Apenas la vaca caiga bajo los influjos de mi poder, hará lo que… —destacó el resto—: YO LE ORDENE.

—¿Y si la empujamos entre todos? —propuso alguien del grupo.





—Cuando estas bestias se empacan traban las patas. Estaremos un mes hasta que logremos correrla de las vías —aseguró otro de los que formaba parte de la "brigada".

—Déjenlo hacer… es un gran mago —la viejita le tenía fe ciega a quien había hecho que de un pedazo de papel higiénico surgiera flor.

Ajeno a la adulación, el mago inició su acto de hipnosis.

—Siente sueñooooo —murmuró a la vaca ilustrando círculos y espirales invisibles con el índice—. Muuuuucho sueñooooo…

La vaca, extrañamente atenta al dedo movedizo, bostezó.

—¡Admirable! —comentaron algunos a coro.

—Cada vez máaaaasss sueñooooo…

La vaca cerró los ojos.

—¡Sorprendente!

—Solo despertará cuando yo chasquee dos dedos —ordenó Míster Mistófeles al animal—. Hasta entonces, será un grillo. Y eso, luego de que yo cuente tres. —Relojeando a los demás, les pidió—: Necesito que ustedes…, todos, eh…, se pongan de espaldas a la vaca y a mí, y es fundamental que le enseñen cómo se comportan los grillos.

—¿QUÉÉÉÉÉ? —el coro ya no sonó tan admirado.

—Lo que oyeron, si no, la susodicha no se moverá.

Hubo un principio de resistencia general. Pero el hipnotizador fue terminante:

—Miren que no nos vamos más de aquí.

Refunfuñando, los demás giraron sobre sus talones. Algo abochornados, se fueron acuclillando. De a poco, comenzaron a salticar mientras repetían "¡cric!, ¡cric!, ¡cric!" (la señorona era la que más se destacaba con su imitación de un grillo).

—Uno…

¡Cric! ¡Cric! ¡Cric!

—Dos…

¡Cric! ¡Cric! ¡Cric!

—Y… ¡tres!

Los grillos (entiéndase, los pasajeros, el maquinista y su ayudante) escucharon el mugido e intentaron darse vuelta para saber qué había pasado.

—TODAVÍA NO —les ordenó Míster Mistófeles; chasqueó sonoramente los dedos y entonces, dijo—: Ahora sí.

Al girar, ya la vaca había desaparecido.

—¡Usted es un capo! —exclamó el maquinista, convencido de que el animal se había marchado dando saltos.

—Me hubiera gustado verla saltar como un grillo —se lamentó la señorona y, mientras sacaba el celular, añadió—: Y encima me quedé sin sacarle una foto. Ahora, nadie me va a creer.

—Jamás pensé que se podía hipnotizar a una vaca o a cualquier otro animal —opinó la jovencita

que había recibido el clavel rojo—. ¡Aplauso para el mago!

Hasta chiflidos se escucharon a esa hora en mitad del campo.

—Gracias público, estimadísimo público… —Míster Mistófeles acompañaba las expresiones de admiración con leves cabeceos.

Se guardó el secreto del truco, tal cual hacen todos los magos y como él venía haciendo durante sus muchas décadas de oficio.

La vaca reaccionó como él suponía. ¿El secreto? Huyó espantada no dando saltos sino sobre sus cuatro patas, para perderse dentro de un pajonal que crecía junto a la vía. Y todo, después de ver el murciélago de plástico que él extrajo del bolsillo del sacón; esa réplica que había sacado de uno de sus baúles antes de bajarse del tren (conocía sobre el temor que el ganado siente por los murciélagos, pues suelen prenderse al cogote de los grandes animales para chuparles sangre).

—Gracias público, estimadísimo público —repetía, conforme.

Sí, estaba conforme porque luego de bastante tiempo durante el cual casi todos los trucos empezaban a fallarle, aquel acto de hipnosis había salido de maravillas.

—Graciaspúblicoestimadísimopúblico… —de pronto en su voz no había alegría.

—Todos a bordo —ordenó el maquinita.

—Graciaspúblicoestimadísimopúblico…

De a poco, la mayoría de los viajeros fueron notando que el anciano se hallaba entrampado en esa frase.

—Graciaspúblicoestimadísimopúblico…

Parecía que el hipnotizado hubiera sido él.

—¿Se siente bien? —se preocupó la jovencita del clavel.

El mago cabeceó ligeramente: era claro que estaba confundido y sobresaltado.

—¿Dónde estoy? ¿Vino la nona Susana? ¿Y el nono Antonio? —le preguntó, observándola como si la chica estuviera a cien kilómetros de él.

—Lo ayudo a subir. —Con dulzura, ella lo tomó de un brazo para guiarlo hasta el vagón.

Ya en su asiento, mientras el tren retomaba su marcha, Míster Mistófeles volvió a recordar su aquí y su ahora; para evitar que se le evaporara de la memoria, murmuraba en su mente: *Estoy volviendo a Cochicó… Volviendo a Cochicó... A Cochicó...*

En paralelo, el resto de los pasajeros intercambiaban sus propias teorías sobre el extraño final del acto:

—Hipnotizar a otros supone un gran agotamiento mental para el hipnotizador…

—La resistencia natural de las vacas a ser hipnotizadas lo afectó…

Y suposiciones por el estilo.

Él los escuchaba sin poder explicarles que la nube que lo había tapado momentáneamente no tenía nada que ver con el hipnotismo.

Ese nubarrón era parte de una tormenta que, desde hacía algunos años, venía asolando dentro de su cabeza.